



¿Vientos de cambio en Oriente Medio?

Samuel Hadas

Documento de Trabajo (DT) 17/2005

31/03/2005

¿Vientos de cambio en Oriente Medio?

Samuel Hadas*

Resumen: Oriente Medio, una región cuyo péndulo político oscila entre ciclos de esperanza y de frustración, ha iniciado el año 2005 inclinándose ligeramente hacia la ilusión, después de un prolongado período de deterioro. En una región donde las buenas nuevas y las malas noticias se alternan con demasiada frecuencia, parecería haber llegado la hora de los optimistas

Orientes Medio, una región cuyo péndulo político oscila entre ciclos de esperanza y de frustración, ha iniciado el año 2005 inclinándose ligeramente hacia la ilusión, después de un prolongado período de deterioro. En una región donde las buenas nuevas y las malas noticias se alternan con demasiada frecuencia, parecería haber llegado la hora de los optimistas. Analistas y políticos vienen hablando de *luna de miel palestino-israelí*, de *primavera del mundo árabe*, de *primavera de Bagdad*, de caída del *muro de Berlín de Oriente Medio*, de *primavera de Beirut*, etc. Mientras algunos hablan de nuevas señales en la calle árabe, otros, como el respetado analista del *New York Times*, Thomas Friedman, sentencian nada más y nada menos que el viejo orden autocrático comienza a desplomarse. Una de las particularidades de Oriente Medio es la de resistir todo pronóstico por cuanto desde siempre la incertidumbre y lo imprevisible le son inherentes.

¿Se justifica tanto optimismo?

Después de dos decepcionantes años, hay quienes comienzan a ver el año 2005 como el de la "hora de la verdad". A principios de 2003, Sadam Husein constituía una amenaza para Oriente Medio. Irán estaba más empeñado que nunca en su carrera nuclear y Libia seguía siendo una incógnita. Siria, mientras continuaba controlando el Líbano, ayudaba abiertamente al régimen de Sadam y a la organización fundamentalista libanesa Hezbolá, empeñada a su vez en desestabilizar la frontera libanesa-israelí. La guerra olvidada en Sudán, que había costado dos millones de víctimas mortales, no daba señales de acabar. La espiral de violencia palestino-israelí había convertido la *Hoja de Ruta*, el plan de paz del así llamado Cuarteto para el Oriente Medio, en un tortuoso laberinto sin salida.

2004 fue un buen año para los fanáticos, tanto seculares como religiosos, escribe el comentarista William Pfaff en el *Herald Tribune*, agregando que manejaron los acontecimientos en el Oriente Medio, alimentaron el conflicto entre judíos y musulmanes y entre musulmanes y norteamericanos y sus aliados.¹ El terrorismo siguió a la orden del día. El año había comenzado prometedoramente con una serie de iniciativas internacionales destinadas a aliviar tensiones peligrosas. Parecía que la guerra en Irak, cualesquiera que hayan sido sus motivaciones, se transformaba en catalizadora de cambios en Oriente Medio. El impacto psicológico de la *pax americana* en la región, sobre todo el de la captura, en humillantes circunstancias, de Sadam Husein ha sido notable. Se abrió más de un interrogante sobre la legitimidad de algunos regímenes en la

* Firma

¹ William Pfaff, "On all sides, the fanatics had a good year", *Herald Tribune*, 3/1/2005.

región incluso en las opiniones públicas de dichos países. En Sudán se firmó un acuerdo histórico entre su gobierno y el rebelde Ejército Popular de Liberación de Sudán, abriéndose así el camino a la paz, después de veinte años de sangrienta guerra civil entre el norte de etnia árabe y religión islámica y el sur de población negra, cristiana o animista, aunque siguió el enfrentamiento en Darfur, con trágicas consecuencias para su población civil.

La actitud siria hacia Israel, visceralmente hostil, parecía cambiar. El presidente Bashar El Assad comenzó a hablar de paz con Israel: había llegado aparentemente a la conclusión de que la mejor manera de asegurar la supervivencia a largo plazo de su régimen y de mejorar la deteriorada economía de su país pasa por la reconciliación con EEUU y el camino a Washington pasa por su vecina Israel.

Irán, otro país con las fuerzas militares de EEUU en su vecindad, buscó normalizar sus relaciones con Egipto, interrumpidas por Teherán 26 años atrás, dos meses después de la Revolución islámica, en protesta por el Acuerdo de Campo David entre Egipto e Israel y también por la concesión de asilo en Egipto al depuesto Sha Reza Pahlevi. Pero, por otra parte, pese a la aceptación de inspecciones internacionales sorpresivas a sus instalaciones nucleares y sus negociaciones con la Unión Europea, Irán siguió empeñada en su carrera armamentista no convencional.

También de Libia llegaron noticias prometedoras. El dictador Muammar El Gaddafi, después de sorprender al mundo renunciando a su potencial nuclear, señaló su interés en comenzar el “deshielo” con Israel, después de que durante muchos años lo calificara como un Estado “ficticio”. Después de declarar incluso que no “piensa ser más palestino que los propios palestinos”, ha llegado a proponer un Estado israelí-palestino, bajo el nombre de Isratine...

Pero los dos principales focos de tensión en la zona, Irak y el conflicto palestino-israelí, parecieron complicarse aún más. Israelíes y palestinos habían metido sus cabezas profundamente en la arena y siguieron resistiéndose a salir de la trágica realidad que habían creado, atrapados en su particular espiral de violencia, mientras que el año electoral en EEUU pospuso la búsqueda de soluciones. La Autoridad Nacional Palestina estaba al borde del colapso, rehén de las organizaciones terroristas, mientras el gobierno israelí era a su vez rehén de la extrema derecha ultranacionalista, cuando algo comenzó a moverse a raíz de la desaparición del mítico líder palestino Yasser Arafat y del plan de desconexión del primer ministro israelí, Ariel Sharon. Hacia fines de 2004 las presiones domésticas y externas sobre ambas partes reabrieron la ventana de oportunidad.

Irak, por su parte, vivió un año más que problemático con la creciente “insurgencia” (léase terrorismo), alimentada por la “importación” de fanáticos fundamentalistas extremistas, el crecimiento de la tensión entre chiíes y suníes y la falta de un liderazgo iraquí capaz de afrontar una situación que está muy lejos de estabilizarse: los baathistas leales a Saddam Husein y los terroristas islamistas incrementaron notablemente sus acciones, intentando evitar “que surja una nueva Irak”, según uno de los implicados en los esfuerzos por estabilizar el país.

El *Nuevo Oriente Medio*, la gran visión de Shimon Peres sobre Oriente Medio² que surgiría a continuación de la paz entre árabes e israelíes se había colapsado y no era sino tema de sarcásticas alusiones de políticos. El viejo Oriente Medio y esos mismos políticos, causa de sus males, se resisten a ceder su lugar. Para los autores de *The New*

² Shimon Peres, *Battling for Peace*, Random House, Nueva York, 1995, p. 309.

A-Z of the Middle East, Alain Gresh y Dominique Vidal,³ Oriente Medio domina la política internacional e Irak, el conflicto palestino-israelí y el islamismo extremista afectan el planeta todo, siendo uno de las regiones más complejas del mundo.

Los líderes autocráticos de la región se resistieron a adoptar la iniciativa estratégica del “Gran Oriente Medio” de la administración del presidente George W. Bush, denunciándola como un intento de imposición desde fuera (las soluciones deben ser “autóctonas”), mientras que otros recurren a la vieja cantinela de que “ninguna liberalización es posible hasta que no se resuelva el conflicto palestino-israelí”. Sean cuales fueran sus motivaciones, se trata de una iniciativa estratégica que da que hablar en la región: según sus postulados está destinada a promover sustanciales reformas políticas, económicas y sociales a través del logro del crecimiento económico, la democratización y una mejor educación para los habitantes de la región. Dicha propuesta colapsó una de las cumbres de la Liga Árabe, la de Túnez, causando su aplazamiento.

La noción de que EEUU, con el apoyo de la Unión Europea y el aval de Israel, puede enseñar a los países árabes a ser más modernos y democráticos, provoca, a lo menos, reacciones ambivalentes, escribe Zbigniew Brzezinski, quien fuera asesor de seguridad nacional del presidente Jimmy Carter. El actor Omar Sharif reseñó la situación al declarar que es inútil tratar de imponer la democracia en los países árabes, vaticinando que no habrá democracia en Oriente hasta dentro de un siglo.

Es evidente que Oriente Medio no estaba en su mejor momento al iniciarse el año 2005. Incapaz de encontrar una respuesta adecuada al creciente terrorismo islamista, mientras que algunos países siguieron ofreciendo santuario a organizaciones terroristas (instrumentándolas para sus propios fines), la región sigue debatiéndose entre serios problemas económicos, sociales y políticos para los que no se vislumbran soluciones, sobre todo para sus dos focos principales de tensión. En opinión de los más autorizados expertos, el futuro de Oriente Medio será fuertemente influido por la evolución política de Irak, donde la cuestión clave será la secularización o la islamización del sistema de gobierno del país. Si Irak se vuelve fundamentalista, podría estallar una guerra civil entre las comunidades chiíes y suníes e incluso desmembrarse entre sus tres comunidades más importantes. Además, los regímenes de algunos de los países moderados de la región podrían verse seriamente amenazados. El reto será el de asegurar que ninguna ideología totalitaria fundamentalista domine Irak, inaugurando una nueva ronda de represión. Un régimen democrático en Irak podría servir de piedra angular para las necesarias reformas y la democratización de los países de la región y podría contribuir a minimizar la amenaza terrorista islámica fundamentalista. Bernard Lewis, profesor emérito de la Universidad de Princeton, gran experto en Oriente Medio, sostuvo en una entrevista al cotidiano israelí *Yediot Aharonot* que si en Irak tienen éxito los esfuerzos para establecer un régimen democrático, podría darse un tremendo impulso, irradiando positivamente al mundo árabe y al islámico en general.

Sin embargo, en su libro *La crisis del Islam*⁴, Lewis recuerda que de los cincuenta y siete Estados miembros de la Organización de la Conferencia Islámica, solo Turquía ha tenido instituciones democráticas durante un período prolongado.

En cuanto al conflicto palestino-israelí, los líderes de ambas partes siguieron haciendo buena la aseveración de que en esta parte del mundo se comienza a actuar racionalmente solo después de haberse agotado el inventario de desaciertos. Así lo demostraron una y otra vez un gobierno israelí huérfano de ideas y un gobierno palestino,

³ Alain Gresh y Dominique Vidal, *The New A-Z of the Middle East*, I.B.Taurus, Londres y Nueva York, 2004, contratapa.

⁴ Bernard Lewis, *La Crisis del Islam*, Ediciones B, Barcelona, 2003, p. 176.

rehén de las organizaciones terroristas y sujeto a los caprichos de Yasser Arafat, un líder incapacitado para actuar. El *Cuarteto* para el Oriente Medio brilló por su ausencia, como resultado del año sabático electoral de la diplomacia norteamericana mientras que su plan de paz, la *Hoja de Ruta*, estuvo en serio peligro de correr un destino similar al de los planes anteriores con que se intentó poner fin a la *intifada* y reconducir el proceso de paz.⁵ Ve entonces la luz la iniciativa de “desconexión” del primer ministro israelí Ariel Sharon, “una piedra arrojada a las estancadas aguas palestino-israelíes” –como la describe un periodista israelí–. La Autoridad Nacional Palestina, débil e impotente, estaba al borde del descalabro total cuando falleció su líder, Yasser Arafat, cuya desaparición creó, por fin, las condiciones que facilitarían la reanudación del diálogo con el Estado de Israel, vislumbrándose así, después de más de cuatro años de sangrienta *intifada*, la posibilidad de reconducir el proceso de paz. En un espacio de apenas veinte días entre la aprobación del plan de Sharon por la *Knesset*, el Parlamento israelí, el 26 de octubre y el entierro de Arafat el 12 de noviembre, ha cambiado la faz del conflicto.

La excusa de Arafat ha desaparecido: hacer historia o pasar a la Historia

En las últimas semanas los israelíes vienen preguntándose si están ante el principio del fin de la ocupación de los territorios palestinos o el principio del fin de la carrera política del primer ministro Ariel Sharon. A nadie le cabe la menor duda de que su plan tendrá que superar desafíos políticos y militares tan graves y complejos, que algunos siguen dudando de su capacidad para ejecutarlo. En la caótica situación que vive el sistema político de Israel –que, en opinión unánime de los expertos, pasa por la que podría constituirse en la peor crisis política de su historia– sus gobernantes deben adoptar decisiones cruciales que habrán de influir decisivamente en el carácter y en la fisonomía del país y de su sociedad, así como en las relaciones con sus vecinos y su posición internacional, deteriorada gravemente en los últimos años.

La aprobación por parte de la *Knesset* del plan de desconexión no fue sino el inicio de un tortuoso proceso. Sharon se vio obligado a integrar una nueva coalición gubernamental, después de despedir a los ministros ultranacionalistas opositores a su plan, incorporando en su lugar al principal partido de la oposición, el Laborista. Sin embargo, 13 de los 40 diputados del Likud se oponen a su plan y seguirán intentando colapsarlo, junto a la extrema derecha. Todo ello sucede en medio de una atmósfera de violencia verbal en la que no faltan llamadas de rabinos opositores ultranacionalistas a la desobediencia de los soldados a quienes se encomendará la tarea de desalojar a los colonos reacios a evacuar sus colonias. Tampoco faltan las amenazas por parte de una obcecada derecha ultranacionalista que se prepara minuciosamente para impedir la evacuación, buscando de esa manera intimidar a la población y, sobre todo, a los legisladores.

La izquierda israelí, que se oponía hasta ahora prácticamente a todo lo que hacía el gobierno de Sharon, le ha ofrecido una red de seguridad mientras siga adelante con su plan de desconexión, en la consideración de que un Sharon pragmático es hoy el único en condiciones de llevar adelante el proceso. “De ahí que aquellos que lo admiran y aquellos que lo desprecian deben apoyarlo”, escribe el columnista Ari Shavit, “por cuanto la terrible guerra política que Sharon está conduciendo no es una guerra por su supervivencia, sino por la de todos nosotros, por la propia supervivencia de nuestro hogar”. Quién mejor ha sabido definir la situación ha sido el presidente del Consejo de Ministros de la Unión Europea, el primer ministro de Luxemburgo, Jean Asselborn, cuando dijo, en una entrevista al cotidiano israelí *Haaretz*, que junto a Arafat, desapareció la excusa Arafat.⁶

⁵ Samuel Hadas, ARI nº 17/2005, Real Instituto Elcano, p. 4.

⁶ “The Arafat Excuse has Disappeared”, *Haaretz*, Tel Aviv, 18/I/2005.

A principios de este año, israelíes y palestinos establecieron nuevos gobiernos y se habla de luna de miel entre los protagonistas de uno de los conflictos más prolongados de la historia. El establecimiento de un gobierno palestino, encabezado por Mahmoud Abbas (*Abu Mazen*), líder legitimado en las urnas y liberado de la sombra de Yasser Arafat, y un nuevo gobierno israelí que habla de la voluntad de su primer ministro Ariel Sharon de llevar adelante su plan de evacuación de la franja de Gaza y de zonas de la Cisjordania, han sido acontecimientos que podrían cambiar, si sus protagonistas se lo proponen, la historia del conflicto palestino-israelí. Algo no menos importante para palestinos e israelíes sucedió en Washington: la inauguración de la segunda presidencia de George W. Bush. Su administración, cuya participación en el proceso negociador palestino-israelí ha sido durante su primer mandato presidencial vacilante, promete cambios en su política en el Oriente Medio, habiendo modificado la actitud negativa que mantuvo hacia el gobierno palestino mientras estuvo dirigido por Arafat. Sus cálidos augurios y su invitación al nuevo presidente de la Autoridad Nacional Palestina a visitar Washington, señala la apertura de un nuevo capítulo en las relaciones EEUU-Autoridad Nacional Palestina. El presidente Bush ha reiterado que el conflicto ocupará un lugar prioritario en su agenda y que tiene esta vez la intención de hacer cierta su visión de “un Estado palestino conviviendo pacíficamente con el Estado de Israel”.

Washington exige al nuevo gobierno palestino poner fin a la caótica situación en que se vive en los territorios palestinos, implementando las reformas necesarias e imponiendo ley y orden, exigiendo, aunque con algún titubeo, al gobierno de Ariel Sharon ayudar a su colega palestino, cumpliendo con los compromisos adquiridos en el marco de la *Hoja de Ruta*, como el desmantelamiento de los asentamientos ilegales, el levantamiento de decenas de puestos de control y el retorno de las fuerzas militares israelíes hacia las posiciones anteriores a la *intifada*. Es esencial basar el proceso negociador en la iniciativa de Sharon, que ha proporcionado una base para descongelar la situación, considera Dennis Ross, quizá el funcionario estadounidense más involucrado en las negociaciones palestino-israelíes durante muchos años.⁷

Parecería que Sharon y el nuevo presidente palestino Mahmoud Abbas están decididos a aprovechar la nueva realidad creada por la desaparición de Arafat. Sharon se ha empecinado, con una voluntad que ha sorprendido a observadores israelíes y extranjeros, en llevar adelante su plan de desconexión, lo que ha causado un cisma en su partido, el Likud, que podría significarle un alto coste político. Entre los ultranacionalistas que hasta ahora lo apoyaban hay quienes no vacilan en calificarle de traidor.

Abbas, por su parte, deberá demostrar gran determinación si se propone poner en práctica el desmantelamiento de la infraestructura terrorista. Los actos terroristas de las organizaciones fundamentalistas radicales apenas asumiera el poder no tuvieron otro objetivo que sabotear cualquier negociación con Israel. Abbas, que siempre se opuso a la estrategia de violencia de Arafat, abogando por una *intifada* no violenta, considera que debe poner fin a la violencia logrando que los radicales abandonen la “lucha armada” a través del diálogo y de la persuasión, evitando un enfrentamiento que podría conducir a una guerra civil. Pero Hamás, Yihad Islámica y otros grupos armados, entre ellos el propio Fatah, el partido de Abbas, no renunciarán a las armas aunque acepten una tregua limitada en tiempo, como acaban de hacerlo (aunque evitando el uso del término *tregua* y prefiriendo el de *calma*). Las elecciones presidenciales le han dado a Abbas legitimidad para abordar los graves problemas de su pueblo, que después de cuatro años de una *intifada* fútil solo ha conseguido la postergación indefinida del establecimiento de su Estado. Ganar las elecciones ha sido lo más fácil para el nuevo líder palestino; crear

⁷ Dennis Ross, *The Missing Peace*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2004, p. 799.

un régimen democrático, que podría ser el primer régimen democrático genuino en el mundo árabe, le será mucho más difícil.

Pero lo que es evidente es que la responsabilidad no puede recaer sólo en el nuevo liderazgo palestino, que será incapaz de avanzar en la dirección debida sin la asistencia masiva de la comunidad internacional. Una implicación internacional es crucial, lo que exige en primer lugar recomponer las relaciones entre EEUU y la UE y lograr una convergencia de sus políticas en la región. Israel, por su parte, ahora que ya no está quien fue considerado el principal obstáculo para las negociaciones, deberá demostrar generosidad y cooperar con la Autoridad Palestina, al lado de las potencias, para ayudar a un nuevo liderazgo con las manos llenas de desafíos así como cumplir sus compromisos en el marco de la *Hoja de Ruta*, como el desmantelamiento de decenas de colonias ilegales, la eliminación de decenas de puestos de control en los territorios palestinos que dificultan seriamente la vida de sus pobladores, la congelación de la expansión de los asentamientos, etc. El nuevo liderazgo palestino, por su parte, deberá hacer los esfuerzos necesarios para desmantelar la infraestructura terrorista. La ausencia de Arafat ha allanado el camino.

Una reveladora encuesta llevada a cabo paralelamente en Israel y en los territorios palestinos por el *Instituto Harry S. Truman* de la Universidad de Jerusalén y el *Center for Palestinian Policy and Research* de Ramala, muestra que el 54% de los palestinos apoya la solución de dos Estados, basados en los límites anteriores a la ocupación israelí de 1967. A fines de 2003 solo el 39% de los palestinos apoyaban un acuerdo con Israel. En cuanto al definitivo reconocimiento mutuo entre los dos Estados, el 63% de los palestinos lo apoyan, mientras que el 35% lo rechazan. Entre los israelíes, el apoyo llega al 70%, mientras que los que se oponen constituyen el 16%.

En lo que respecta a la adopción por las partes de una declaración poniendo fin definitivamente al conflicto renunciando a reclamaciones ulteriores, el 69% de los palestinos apoyaría un acuerdo que incluya tal declaración. A fines de 2003 solo un 42% de los palestinos favorecían tal acuerdo, mientras que el 55% se oponía. En Israel, el 76% la apoyaría, mientras que el 23% se opondría (comparado con el 66% y el 33% respectivamente, el año anterior). A juzgar por recientes encuestas de opinión, el público israelí se muestra más optimista que en el pasado sobre las posibilidades de que la calma en el conflicto con los palestinos se mantenga. Según el *Índice de la Paz*, una encuesta mensual conducida por el *Centro para la Investigación de la Paz* de la Universidad de Tel Aviv, más de dos tercios de los israelíes apoya el plan de desconexión de Ariel Sharon.

La excusa de Arafat ha desaparecido: la alternativa de los líderes palestinos e israelíes es hacer historia o pasar (tristemente) a la Historia.

Irak, dos años después: ¿de la tiranía a la democracia o a un régimen fundamentalista?

¿Dónde va Irak? se preguntan todos. El país vive una frágil situación que podría conducir a una guerra civil. Las fuerzas militares y policiales iraquíes no están en condiciones de asumir la responsabilidad por la seguridad del país, el principal reto de su gobierno, además del de mantener la unidad de un país con grupos étnicos enfrentados. ¿Tendrá el nuevo gobierno la fuerza y la habilidad política para poner fin a la violencia o se verá obligado a seguir dependiendo de las fuerzas de la Coalición? Según un informe de uno de los servicios de inteligencia estadounidenses, Irak se ha convertido en el principal foco de movilización de fanáticos musulmanes, contribuyendo a difundir las ideas islamistas más extremas.

No se trata solo del futuro de Irak. Lo que suceda en este país influirá en todo Oriente Medio. Pero poner fin a la violencia y al terrorismo, reduciendo a las organizaciones que los inspiran y promueven, y asegurar un gobierno estable es una tarea de gigantes que sin apoyo internacional será imposible. El presidente George W. Bush después de perder lastimeramente un precioso tiempo en su intento de construir un nuevo Irak por cuenta propia marginando a la ONU y sin recurrir a alianzas que hubieran facilitado la ingente tarea, comenzó a buscar una mayor injerencia de la ONU y de la OTAN intentando convencer a los líderes de la Unión Europea de asumir mayores responsabilidades. La administración del presidente Bush, y sobre todo los neo-conservadores, de notable influencia en el Pentágono y también en la política exterior de su país, confiaron, erróneamente, que su política estabilizaría rápidamente el Irak de posguerra, lo que, por supuesto, no ha sucedido.

Para la mayoría de los iraquíes su país no es hoy un país “liberado” sino “ocupado”. EEUU se enfrenta a un grave dilema en Irak: el establecimiento de un régimen democrático y la neutralización de quienes intentan evitarlo exigirá una prolongada presencia militar en este país. Pero cuanto más prolongada sea su presencia, más antagonismo creará en la población. Los planes de Washington anticipaban una notable reducción de la presencia militar estadounidense en Irak a principios de este año, cosa que no solamente no ha sucedido sino que difícilmente sucederá en un futuro previsible.

¿Habrà independencia sin Saddam Husein? “Todo aquel que diga saber el resultado de todo esto (como decía George Bernard Shaw) es un charlatán”, escribe el historiador Paul Kennedy, agregando que nos encontramos en un momento de turbulencia y que cuando se empieza una guerra nunca hay que pensar que se podrán controlar su degeneración y sus consecuencias. Si las fuerzas de seguridad de Irak demuestran la capacidad necesaria para luchar por un gobierno soberano e imponer su autoridad, entonces podría estabilizarse el incierto futuro del país, siempre y cuando su gobierno logre una base real de apoyo popular.

Según Ofra Bengio, del *Moshe Dayan Center for Middle Eastern and African Studies*, Irak oscila entre dos polos, ambos con precedentes en la historia moderna del Líbano. Uno es el modelo que permite compartir el poder según una clave religiosa-confesional y elecciones más o menos democráticas y la alternancia de gobiernos. El segundo, es el de una prolongada y extenuante guerra civil. No hay base alguna para predecir que modelo prevalecerá –agrega–, pero no hay duda de que el proceso de estabilización será prolongado.⁸

El primer paso ha sido dado en las elecciones parlamentarias del 30 de enero último y en el establecimiento del nuevo parlamento, que ha sido visto por la opinión pública local como un anticipo de unidad nacional, al tratarse del primer parlamento electo sobre la base de la diversidad étnica del país. Aunque por el momento –mientras se escriben estas líneas– no se había logrado integrar el nuevo gobierno, los medios iraquíes ven su futuro con un cauto optimismo. Curiosamente, el periódico saudí *Al Watan*, por su parte, considera que EEUU trata de imponer en Irak una nueva Constitución con contenidos occidentales, mientras que el pueblo quiere que el nuevo gobierno se rija en base a principios religiosos. EEUU ha determinado las reglas de juego –prosigue– de manera que asegure que la nueva Asamblea Nacional Iraquí elija un gobierno fiel.⁹

Las elecciones para el Parlamento provisional han sido descritas por algunos como un acontecimiento revolucionario que puede cambiar Irak y quizá todo Oriente Medio. Se trata más bien de un juicio prematuro, aunque las elecciones parlamentarias hayan

⁸ “Irak After the Elections”, *Tel Aviv Notes* (www.dayan.org), 3/II/2005.

⁹ Reproducido por la BBC, *BBC NEWS*, 17/III/2005,

generado una ola de entusiasmo, sobre todo por una masiva participación que excedió largamente las expectativas más optimistas. Significaron un importante paso adelante en la reconstrucción de Irak, aunque la ausencia en las urnas de la mayoría de la comunidad suní podría potenciar un serio enfrentamiento interno.

Los resultados no se han traducido en una mayoría absoluta de los chiíes, como se esperaba como resultado de la ausencia suní y obligan a negociar las alianzas necesarias para asegurarse el control del Parlamento. “Las alianzas con otros grupos van a ser indispensables para gobernar el país sin sobresaltos en este momento histórico. No hay partido alguno que pueda por sí solo conseguir este objetivo”, declaró a la prensa iraquí uno de los dirigentes chiíes, Abdul Karim al Enezi.

Uno de los objetivos de la Asamblea Parlamentaria será ahora elaborar una Constitución que mantenga la unidad territorial y política de Irak y que aborde los temas políticos más importantes que el país debe afrontar: la definición de los poderes federales, el papel del islam y el equilibrio de poder entre las diferentes etnias y religiones, otorgando las garantías exigidas por las minoría kurda y suní. Los suníes, que constituyen el 20% de la población, no están debidamente representados en el Parlamento por el boicot decretado por algunos de sus líderes y por las amenazas de los “insurgentes” liderados por el terrorista Abu Musab al Zargawi. Los vencedores intentarán incorporarlos al sistema dándoles participación en la elaboración de la nueva Constitución, entre otras cosas.

La primera Constitución provisional propuesta en 2004 provocó serias diferencias por diversas causas: el papel del islam como fuente de legislación, la estructura federal del gobierno y el poder de veto concedido a los kurdos. Los líderes iraquíes han acordado que la constitución puede ser bloqueada por dos tercios de los votos en tres de las 18 provincias del país. Recordemos que tres de las provincias están controladas por los kurdos y cuatro por los suníes, lo que puede conducir a una situación sin salida en caso de no obtenerse el acuerdo con estas minorías.

Irak está aún lejos de haber encontrado la vía para el establecimiento de un sistema político democrático viable y estable. Aunque dos años después de la invasión de Irak ya se ven las primeras consecuencias, aún se está muy lejos del logro de las metas de sus propulsores. El coste de la invasión a Irak ha sido para Washington apreciable: la alianza con los aliados europeos ha sufrido un severo golpe y hasta el día de hoy no se ha repuesto, aunque en los últimos meses comienzan a verse algunas convergencias. El mundo árabe está más distanciado que nunca de EEUU y su imagen probablemente nunca ha sido tan negativa, incluso, como editorializa el *New York Times*¹⁰, cuando crecen las esperanzas de cambio.

La democratización de Irak, evidentemente un factor clave en la democratización de Oriente Medio, está aún lejos de obtener el efecto “dominó” positivo perseguido por sus inspiradores, aunque en algunos países del área comienzan a notarse corrientes subterráneas que podrían desarrollarse en esa dirección. Aunque no a corto plazo.

“Primavera en Beirut” e “invierno en Damasco”

El asesinato del ex primer ministro de Líbano Rafiq El Hariri, ha constituido un revulsivo para la política libanesa y sus consecuencias aún están lejos de sentirse plenamente. ¿Son los libaneses concientes de las poderosas corrientes que están formándose debajo de la superficie y que amenazan hundir su país? ¿Se marcharán las fuerzas militares sirias? ¿De ser así, que sucederá? Líbano es, de hecho, un protectorado sirio. En algún momento Damasco llegó a desplegar en este país más de 40.000 efectivos militares.

¹⁰ “Two Years Later, Taking Stock in Irak”, *New York Times*, 19/III/2005.

Importantes sectores de la población libanesa, probablemente la mayoría, buscan liberarse de su molesta presencia. Pero, a juzgar por la masiva manifestación popular de apoyo a Siria, organizada por el movimiento fundamentalista islámico Hezbolá, que tuvo lugar recientemente en la capital libanesa, la “primavera en Beirut” aún está lejos de llegar y desplazar al prolongado y crudo invierno que trajo la guerra civil y la ocupación siria de su territorio. Las manifestaciones de las fuerzas opositoras que exigen la retirada de las fuerzas sirias, para algunos una reminiscencia de la revolución de terciopelo en los países de Europa Oriental de fines de los ochenta, fueron eclipsadas. Más bien parecería que Líbano se encuentra nuevamente al borde de una desestabilizadora confrontación, similar a la que culminó en la guerra civil de triste recuerdo y lo que parecía augurar un cambio, calificado por algunos de “revolucionario”, difícilmente se materialice en un futuro previsible. La calle libanesa —escribe Tony Karon, columnista del semanario *TIME*— es antiamericana dado que los chiíes y no la alianza cristiano-suní-drusa tienen el micrófono. Hezbolá es, al fin y al cabo, el partido con la mayor representación en el Parlamento libanés, representando a la mayoría de la comunidad chií, que constituye aproximadamente la mitad de la población, y su prioridad es frenar el intento de reemplazar la *Pax Siria* por la *Pax Americana*.¹¹

Pero el gobierno de Bashar El Assad difícilmente puede seguir ignorando la creciente presión internacional para que ponga fin a una ocupación que se prolonga casi tres décadas. Las complejas relaciones sirio-libanesas se han transformado en una difícil prueba de la implicación norteamericana-europea en Oriente Medio. A EEUU, para quien no vale nada que no sea una retirada total de las fuerzas militares y de los elementos de los servicios de espionaje sirios dispersos a lo largo y ancho del Líbano, se han sumado la Unión Europea, sobre todo Francia, la ex potencia colonial en el Líbano, Rusia, e incluso Arabia Saudí, cuyo príncipe heredero Abdullah también ha demandado sin ambages la retirada siria del Líbano. De no haber reaccionado Assad habría aumentado considerablemente el aislamiento de su régimen. Pero su respuesta anunciando una retirada parcial y sin calendario, no ha convencido demasiado y solo ha servido para aumentar el escepticismo de aquellos que no creen que Damasco renuncie fácilmente al control del Líbano.

La dinastía dictatorial de Siria ha manejado Líbano —editorializa el *New York Times*— como un lucrativo feudo, intimidando y torciendo el brazo de los políticos libaneses y el propio texto de su Constitución, a fin de que sirvan sus propios intereses. Además de ofrecer santuario en Damasco a los dirigentes de organizaciones terroristas palestinas, ha instrumentalizado el Hezbolá, cuyas acciones terroristas en la frontera con Israel constituyen un peligroso elemento de desestabilización para toda la región.

En innumerables oportunidades en los últimos años los grupos terroristas del Hezbolá, armados principalmente por el régimen iraní (que sigue manteniendo abiertamente en Líbano efectivos de sus Guardias Revolucionarios que entrenan a los terroristas de esta organización) y por los propios sirios, han llevado a cabo actos terroristas a lo largo de la frontera libanesa-israelí, muchos de ellos promovidos por el régimen sirio (que de esa manera evitaba represalias israelíes directas). El gobierno sirio, aseguran algunos expertos, no escatimará esfuerzos para asegurar su control en el Líbano, incluso desequilibrando nuevamente su situación política interna a fin de justificar su permanencia en este país como “factor estabilizador”. Damasco intentará crear a los ojos de la comunidad internacional la alternativa entre estabilidad y democracia e independencia en el Líbano. Assad intentará seguir utilizando el Líbano como baza en su estrategia regional. Para ello intentará asegurarse que los elementos pro-sirios se mantengan en el poder y seguirá apoyando a Hezbolá.

¹¹ Tony Karon, “Beware the Results of Arab Democracy”, *Haaretz*, Tel Aviv, 18/III/2005.

En vísperas de la reciente Cumbre de la Liga Árabe en Argel, el rey Abdullah de Jordania acusó abiertamente a Siria y a Hezbolá de promover el terrorismo contra Israel, alentando a organizaciones terroristas palestinas a llevar acabo actos terroristas contra este país. El objetivo de Siria, comentó el rey, es el de minar el proceso de paz palestino-israelí. Semanas antes, cuando comenzara la presión internacional sobre Siria, los gobiernos sirio e iraní habían anunciado su intención de crear un “frente unido”. Damasco está en la mira de Washington, que estudia la aplicación de sanciones contra su gobierno, acusándolo, entre otras cosas, de desestabilizar el Líbano y obstaculizar el proceso de paz palestino-israelí.

Con la muerte de Hafez el Assad, Siria entró en un período de incertidumbre. Su hijo Bashar recibió un legado difícil: un país políticamente estable como resultado de décadas de represión, pero empobrecido y con una economía en situación difícil. En un país de población predominantemente suní, Assad, a la cabeza de un estamento político integrado casi exclusivamente por miembros de la minoría alauí, debe dedicar su principal empeño a estabilizar su régimen, consolidar su poder y evitar que surjan fuerzas que puedan ponerlo en peligro. Es aún prematuro hablar de democracia en Siria.

Irán: ¿el palo y la zanahoria?

“Suenan familiares” —editorializó el *New York Times*—, “la administración Bush crea una falsa sensación de urgencia sobre una amenaza nuclear proveniente de un país de Oriente Próximo”. Los duros hablan sobre sus conexiones con terroristas y describen los esfuerzos europeos por reducir tensiones como el apaciguamiento de un Estado bribón de cuya palabra no deben fiarse nunca. El prestigioso periódico ve alarmantes signos de que pueda repetirse frente a Irán el enfoque que llevó a su país a un innecesario conflicto con Irak. Pero, por el momento, parecería más bien que el prestigioso periódico se equivoca: Washington ha elegido la política del palo (las amenazas) y la zanahoria (apoyo a la diplomacia iraní de la Unión Europea).

En vísperas de la reunión del Organismo Internacional de Energía Atómica, el 25 de noviembre de 2004, Teherán informó que “cumplirá con su compromiso de suspender el enriquecimiento de uranio” a la vez que insistió que las informaciones sobre su carrera armamentista nuclear son “mera propaganda”. Las prolongadas negociaciones con Alemania, Francia y el Reino Unido, no exentas de presiones, y el temor de que el tema fuera trasladado al Consejo de Seguridad donde EEUU presionaría para la imposición de sanciones internacionales, tuvieron algún resultado: Irán congeló temporalmente su programa nuclear militar.

Pero las dudas persisten por cuanto Irán encubrió durante casi dos décadas sus actividades nucleares más sensitivas y porque en algunas de sus instalaciones se han encontrado indicios de uranio puro, necesario para la producción de armas nucleares. Es evidente que Teherán ha intentado producir armamento nuclear o por lo menos poseer la capacidad necesaria para hacerlo. Además, ha desarrollado un misil balístico que, en opinión de expertos militares occidentales, podría portar un artefacto nuclear. Según servicios de inteligencia occidentales Teherán ha dispersado sus instalaciones nucleares para minimizar su vulnerabilidad. Según diplomáticos en la Agencia Internacional de Energía Atómica, Irán ha construido instalaciones subterráneas para almacenar componentes nucleares, con materiales en condiciones de resistir ataques aéreos con las denominadas “bombas inteligentes”.¹² Según Meir Dagán, jefe del servicio de inteligencia israelí, el Mosad, Irán ha llegado lejos y está en condiciones de producir uranio enriquecido en cantidades industriales. “Hasta fines de este año Irán podría arribar al

¹² *International Herald Tribune*, 4/III/2005, p. 3.

punto de no-retorno en lo que respecta a su capacidad tecnológica para producir un artefacto nuclear, que podría ser fabricado en tres a cuatro años”.

Henry Kissinger, en un artículo sobre la política exterior de la nueva administración de su país, publicado en *Newsweek* el 8 de noviembre de 2004, escribe que el régimen iraní, que desde mucho tiempo atrás considera a EEUU su principal enemigo, es “un problema que debe ser confrontado” Los *neocon* del Pentágono –comentaba un analista en Washington poco después de las elecciones presidenciales en EEUU– “ya discuten la posibilidad de una acción militar contra Irán, lo que causa no poca preocupación en el departamento de Estado así como en la UE”. Cuando se le preguntó al Secretario de Defensa Donald Rumsfeld si EEUU tiene la intención de atacar a Irán, éste respondió que todas las opciones están abiertas, incluso la militar.

La mediación de Europa, a través de Alemania, Francia y el Reino Unido ha logrado por el momento resultados parciales y jugará un papel que podría ser decisivo en los intentos de disuadir a Irán de proseguir con su programa nuclear. Según la diplomacia israelí, los europeos prefirieron ignorar en el pasado las advertencias de EEUU e Israel sobre los designios iraníes de producir armas nucleares. Las condiciones que la UE había puesto en un principio a Irán por aquellos que preferirían una política de “palo y zanahoria” frente a Teherán son consideradas insuficiente. No obstante, la administración del presidente Bush, que hasta ahora venía amenazando incesantemente al régimen iraní, en un giro de su política, aceptó recientemente que la Unión Europea ofrezca importantes incentivos económicos para que renuncie definitivamente a su programa nuclear militar (la “zanahoria”), lo que ha sido posible dada la aceptación de la UE de llevar el caso al Consejo de Seguridad de la ONU en el caso de que Irán siga violando sus compromisos internacionales, a fin de que se adopten sanciones internacionales (el “palo”). Parecería que por fin se produce una de las deseadas y necesarias convergencias de las políticas norteamericana y europea en Oriente Medio que conduzcan a una estrategia de concertación en la zona.

Los ministros de Asuntos Exteriores de los países involucrados en las negociaciones con Teherán afirman que aunque las conversaciones con el gobierno iraní “no progresan tan aceleradamente como quisiéramos, creemos que avanzan en la dirección debida”, añadiendo que el apoyo recibido en particular de Washington “ha reforzado las expectativas de un resultado satisfactorio”.

Según Shimon Peres, vice-primer ministro israelí, “Irán es el gran problema de Oriente Medio. Es el centro del terrorismo en la región e intenta crear una opción nuclear con connotaciones religiosas”. No está de más recordar aquí la situación de los derechos humanos en Irán, su política de “exportación” de la ideología fundamentalista de su régimen teocrático y su abierto apoyo a la organización Hezbolá libanesa y a organizaciones terroristas fundamentalistas palestinas. El régimen iraní se ha propuesto sabotear las gestiones negociadoras de palestinos e israelíes.

Bajo la gran presión internacional y la amenaza de sanciones, Irán ha decidido echarse atrás temporalmente. Pero las dudas persisten y si se deja al régimen de Teherán avanzar hacia la producción de armas nucleares, ninguna acción internacional podrá revertir la marcha. “La Unión Europea está en el asiento del conductor de la diplomacia occidental hacia Irán”, escribe Stuart E. Eizenstat, quien ocupara altos cargos en la administración del presidente Bill Clinton (entre otros, el de embajador de EEUU en la UE), agregando que “la manera en que guíe el vehículo será una prueba para la madurez de su política exterior y de que su confianza en las inspecciones internacionales e incentivos económicos pueda producir resultados”.¹³

¹³ “Iran: A Test for the European Approach”, *International Herald Tribune*, 14/XII/2004.

Queda por ver si la política del “palo y la zanahoria” producirá los resultados deseados y si Irán dejará de ser una de las principales, si no la principal, amenaza estratégica en Oriente Medio.

Arabia Saudí: “algún progreso”

Arabia Saudí es país exportador de terrorismo islámico. Quince de los diecinueve terroristas involucrados en el atentado del 11-S eran saudíes. Desde hace años es de conocimiento público que parte de la financiación de grupos terroristas en el extranjero proviene de instituciones de Arabia Saudí. La presión de Washington obligó a Ryad a intentar controlar este flujo de fondos, por lo que en los últimos años ha establecido un control de transferencias de fondos al exterior. El régimen saudí ha financiado una amplia red mundial de mezquitas, escuelas y centros islámicos, parte de los cuales se dedican al proselitismo del *wahabismo*, uno de los sectores islámicos más intolerantes. El régimen, para apaciguar a los críticos, intenta demostrar que combate “enérgicamente” al terrorismo islámico que opera desde su territorio. Y aunque le llevó mucho tiempo, ha reconocido, por fin, que “sectores de la sociedad saudí simpatizan” con los fundamentalistas violentos y que los perpetradores de atentados terroristas “no son ajenos a ella”, a la vez que intentan contrarrestar la imagen de inacción del régimen frente al terrorismo, rechazando las acusaciones de que exporta el extremismo fundamentalista a nivel ideológico y de que de su país fluye dinero para financiar organizaciones terroristas.

Prominentes miembros de la monarquía reconocen que el sistema feudal saudí se encuentra en una carrera contrarreloj. Líderes islámicos moderados han solicitado reformas del régimen, por lo que el príncipe heredero Abdullah, comprendiendo que deben ser abordados urgentemente los agudos problemas sociales, económicos y políticos del país, se ha comprometido a realizar reformas. Pero nadie espera cambios apreciables.

Si la monarquía no implementa las necesarias reformas políticas, la amenaza del fundamentalismo religioso se volvería contra el régimen y podría desestabilizarlo irremediablemente. Para algunos, la monarquía saudí se mueve hoy sobre arenas movedizas y la insatisfacción existente en la población con sus autoritarios gobernantes es explotada por el islamismo extremista. El régimen por lo visto se cree perenne. Si el régimen saudí –editorializa el *New York Times*– no encuentra la vía para movilizar la energía de su joven, ociosa, reprimida y creciente población, lo harán los *jihadistas*. El régimen, por su parte considera que peligro islamista puede ser contrarrestado solo con mayor autoridad. La “democracia” en Arabia Saudí no será por lo visto otra cosa más que una mano de cosmética.

Las elecciones municipales de Arabia Saudí del 10 de febrero último provocaron predicciones optimistas sobre la marcha “hacia la democracia” de un país gobernado casi sin interrupción durante más de dos siglos por una autocrática dinastía real fundamentalista. Las elecciones anteriores tuvieron lugar en la década de los sesenta. Las elecciones para la mitad de los miembros de cerca de 180 consejos municipales (la otra mitad es nombrada por el gobierno) se llevan a cabo en tres etapas, la última de las cuales tendrá lugar el 23 de abril. Los candidatos islamistas se han impuesto en cuatro de los siete distritos que eligieron concejales municipales. Los candidatos se presentaron a título individual por cuanto los partidos políticos no están autorizados a funcionar. Los consejos municipales son cuerpos meramente consultivos.

Para algunos se trata de un ensayo democrático, para otros no es sino un simulacro electoral de un régimen autoritario sometido a las crecientes demandas que surgen en

los últimos años de una sociedad que exige apertura política y social así como de Washington, que empuja a Arabia Saudí hacia el establecimiento de un régimen más democrático. Ha sido el propio presidente Bush quién presionó a sus aliados de la familia real para que se sumen a la lista de países “candidatos a la democracia”. Para Joshua Teitelbaum, del *Moshe Dayan Center for Middle Eastern and African Studies* de la Universidad de Tel Aviv¹⁴, el régimen se encontraba entre el martillo internacional y el yunque doméstico: por un lado la administración del presidente George W. Bush, por el otro las demandas de islamistas y liberales para una mayor participación en el proceso político saudí.

Es evidente que estas elecciones fueron convocadas a fin de aliviar la presión de aquellos que dentro y fuera del país exigen una liberalización del régimen. Un informe del Departamento de Estado de EEUU sobre Derechos Humanos establece que el historial del gobierno saudí en el respeto a los derechos humanos sigue siendo “pobre” pese a “algunos progresos”. Por lo que, como recuerda Teitelbaum, la decisión de llevar a cabo elecciones municipales limitadas no es una decisión basada en un compromiso con valores democráticos, sino una maniobra del régimen saudí a fin de seguir manteniéndose en el poder.

Vientos de cambio en Washington

La nueva administración de Washington comenzó a ocuparse de Oriente Medio con mayor intensidad de lo previsto, sobre todo como reacción a lo sucedido en el frente palestino-israelí. A principios de año la credibilidad de EEUU en la región estaba a su nivel más bajo en muchos años. ¿Está dispuesto –y preparado– el presidente Bush a modificar su política en Oriente Medio, causante de su descrédito? ¿O será continuación de la conducida por su administración en los cuatro años de su primer mandato? La política de su primera administración ha sido cauta en demasía y escéptica, además de estar plagada de desaciertos. Aquellos que estiman que podría producirse un cambio de rumbo, consideran que el presidente está hoy libre de las presiones domésticas a que está sometido un presidente que busca la reelección. Warren Christopher, ex Secretario de Estado, recuerda que presidentes en su segundo término están emancipados de las preocupaciones de ganar la reelección y generalmente su mirada está puesta en el juicio de la historia.¹⁵

Pero aún así, a juzgar por los comentarios de los más autorizados expertos en la región, no debe esperarse, por lo menos en el primer año, un vuelco como el que muchos desean en su política en la región. En sus primeros discursos no hizo sino ratificar en líneas generales su política exterior pese a que “es conciente de las críticas que genera en el resto del mundo”. El terrorismo islamista global, la búsqueda de una salida del atolladero de Irak y de una solución del problema palestino-israelí constituyen en estos momentos las principales prioridades de la diplomacia de Washington en la región. Otra será la de detener la carrera nuclear de Teherán, que podría ya estar a poco tiempo de su punto de no retorno.

También el ambicioso plan del “Gran Oriente Medio” para la democratización de los países de la región como medio para neutralizar a los sectores más radicales, seguirá ocupando lugar prioritario en la política exterior de Washington. Se trata, como señala el historiador Joan B. Cullá i Clara en *El País*, de *refundir* la cultura política de la región, de remodelarla según los esquemas de la democracia liberal, de la economía de mercado y

¹⁴ “Between the International Hammer and the Local Anvil: Municipal Elections in Saudi Arabia”, *Tel Aviv Notes*, 15/III/2005.

¹⁵ Warren Christopher, “O Come, O Come, United States”, *New York Times*, 1/I/2005.

de la sociedad abierta, así como también de inmunizarla contra los fundamentalismos de raíz islámica.¹⁶

Esta iniciativa está causando animadas polémicas en el mundo árabe, como se recuerda más arriba. Mientras la opinión pública en los países de Oriente Medio es reacia, por cuanto se trata de imponer reformas desde fuera, algunos líderes árabes han expresado su apoyo. Según Waleed Salek, también en *El País*, la respuesta oficial árabe, aunque aparentemente suspicaz, ha sido distinta, porque la reforma propuesta por EEUU no amenaza en absoluto sus regímenes, sino más bien propone cooperar con ellos y utilizarlos como instrumento para el cumplimiento del Plan.¹⁷ La calle árabe que demanda la implantación de regímenes democráticos lo hace sobre todo por repudio a las elites locales autocráticas apoyadas desde hace mucho tiempo por Washington.

Las percepciones diferentes de la Unión Europea, la hostilidad hacia EEUU en la región, la conducta de los dirigentes árabes autocráticos y el fanatismo fundamentalista seguirán siendo obstáculos de peso en el camino a la democratización de Oriente Medio. Según Roberte Satloff, director de planificación política y estratégica del *Washington Institute for Near East Policy*, a la cabeza del cambio democrático propugnado por la administración del presidente Bush se encuentra Irak y allí es donde enfocará sus recursos en un futuro previsible. Su principal problema ha sido la seguridad y no el ritmo en que los iraquíes se reafirman políticamente después de una generación de silencio cruelmente impuesto.

Pero con una política iraquí por el momento en un callejón sin salida y con un conflicto palestino israelí con un potencial destructivo impredecible, el presidente Bush tiene hoy, en un contexto de notable hostilidad en el Oriente Medio, una oportunidad de recomponer la maltrecha posición de su país en la región. No pocos se preguntan si será capaz de aprovecharla. La gira a la zona a principios de año del anterior Secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, y la primera de su sucesora, Condoleezza Rice, tuvieron la intención de señalar a los aliados europeos y a los países árabes, Irán e Israel que Oriente Medio seguirá ocupando lugar prominente en su política exterior.

El conflicto palestino-israelí es actualmente la mayor esperanza de la administración para un rápido avance. Aparentemente, promete más que la compleja situación en Irak, el programa nuclear iraní, el apoyo del gobierno de Siria a organizaciones terroristas palestinas y libanesas, o el flujo a Irak, desde su territorio, de terroristas provenientes de distintos países. Bush y Rice, al proclamar recientemente que los socios transatlánticos deben abrir un nuevo capítulo en sus relaciones, han llamado a la Unión Europea a poner a un lado las diferencias que les separan y “embarcarse en un esfuerzo mancomunado para traer la paz a Oriente Medio”. Pero el túnel es largo, señala *The Economist*, que recuerda a Condoleezza Rice que no debe ignorar que repentinos vuelcos positivos no han sido precisamente característica generalizada en esta parte del mundo.

Pero es evidente que hay razones para un cierto optimismo, a raíz del reciente avance en las relaciones palestino-israelíes: sus dos principales protagonistas, Ariel Sharon y Mahmud Abbas, fuertemente presionados por sus circunstancias domésticas, no pueden permitirse el fracaso, si es que aspiran a seguir siendo protagonistas políticos viables. Como no puede permitírsele George W. Bush, que, aparentemente, se ha propuesto ser, en su segundo y último mandato, el que deberá catapultarlo a la historia, el motor del cambio en Oriente Medio.

Aaron D. Miller, quién fuera asesor de seis Secretarios de Estado norteamericanos sugiere “no olvidar el pasado”. Al exigir “decisión y firmeza” recuerda que los tres

¹⁶ Joan B. Cullá i Clara, “Querer y poder”, *El País*, 13/II/2005.

¹⁷ Waleed Saleh, “La extorsión de Washington”, *El País*, 13/II/2005.

norteamericanos que hicieron la mayor contribución al proceso de paz palestino-israelí – Henry Kissinger, Jimmy Carter y James Baker– combinaron firmeza y empatía con un agudo sentido de cuando interceder. La política de la primera administración de Bush en lo relacionado con el conflicto palestino-israelí había sido plena de retórica y carente de acción.

¿Quo Vadis, Europa?

En enero último, trascendió un informe secreto de 25 páginas, elaborado por el Centro de Investigaciones Políticas del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí, advirtiendo de la posibilidad de que Israel podría rápidamente encontrarse en curso de colisión con la Unión Europea y que su posición internacional podría degradarse en pocos años y quedar en un estado similar al de la Sudáfrica del *apartheid* si el conflicto con los palestinos no encuentra una solución justa. La relevancia internacional de Europa está creciendo, según el documento, que considera además que la UE será en la próxima década una potencia política de gran importancia, a costa del principal aliado de Israel, EEUU, que podría ver menguada su influencia internacional. Según los analistas del Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel si los 25 países de la UE llegan a superar contradicciones internas y elaboran una política exterior consensuada, su influencia global aumentaría considerablemente, y estaría más acorde a su importante peso económico.

¿Puede Europa desempeñar un papel más significativo en Oriente Medio? El diseño estratégico de la administración de Washington no ha concedido hasta ahora un papel importante a la Unión Europea. Pero también la única superpotencia parecería haber reconocido la limitación de la fuerza, como se lo recuerda a diario la guerra inacabable en Irak. Europa no se conforma con un papel secundario en la región, como lo demuestra la intensa actividad diplomática que viene desplegando, que evidencia un renovado esfuerzo para potenciar su presencia, que por el momento no pasa de un discreto segundo plano, ante el papel mediador predominante, casi en exclusividad, de EEUU.

Muchos son los interrogantes acerca de las posibilidades de lograr la necesaria convergencia de las políticas de EEUU y la Unión Europea en la región, cosa que, por lo menos en Europa, se ve sin demasiado optimismo. En opinión de analistas de la región, a fin de que la administración de Bush modifique sustancialmente su política en Oriente Medio se hace necesaria una presión de la Unión Europea sobre EEUU, alentándolo a invertir mayores esfuerzos en la implementación de la *Hoja de Ruta*, y a “internacionalizar” su intervención en Irak.

Es evidente que las relaciones de la UE con Israel tienen un impacto importante y afectan su capacidad de maniobra en la región. Pero las divergencias entre la Unión e Israel en todo lo relacionado a la solución del conflicto es ya proverbial y el resultado ha sido un distanciamiento que por momentos lindó en crisis. Las relaciones se encontraban hasta hace poco en sus momentos más difíciles, pero han experimentado una importante mejoría como resultado de la presentación del plan de desconexión del primer ministro israelí, apoyado por la UE al considerarlo como la única posibilidad de reencauzar el agónico proceso de paz palestino-israelí.

El ministro español de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, uno de los políticos europeos más involucrados (si no el que más) en los últimos años en la mediación internacional en el conflicto palestino-israelí, ha anunciado el lanzamiento de un nuevo plan europeo a corto y medio plazo para garantizar el establecimiento de un Estado palestino, que, aseguró, no estará en contradicción con la *Hoja de Ruta* del Cuarteto. Moratinos destacó que los Veinticinco han aprobado un mandato claro que deja atrás las declaraciones europeas, al tratarse de un plan de acción, ya que la UE ha “decidido

actuar". La UE considera que la nueva situación ofrece una coyuntura de esperanza para la solución del conflicto palestino-israelí y el plan es considerado por el ministro Moratinos como "una llamada de urgencia". Para Javier Solana, el responsable para Política Exterior y Seguridad de la UE, la aprobación del plan de retirada de Sharon y la reacción del liderazgo palestino a lo sucedido con Arafat "brindan una oportunidad para dar un impulso a la *Hoja de Ruta*".

Es evidente que Israel sigue teniendo la llave para la incorporación de Europa al proceso de paz y se exige de ambas partes un serio esfuerzo para romper un peligroso ciclo de enfrentamientos. Israel tiene lo que ofrecer a Europa en estos momentos: la retirada de Gaza y el norte de Cisjordania y la modificación del trazado del muro de defensa, acercándolo a la línea de armisticio de 1967.

Por otra parte, las relaciones de la UE con la Autoridad Nacional Palestina, que de siempre intentó lograr una mayor injerencia europea en el proceso de negociaciones, son buenas, aunque en la UE no esconden el profundo descontento que existe ante la falta de transparencia en el manejo de los fondos donados a la ANP y las cada vez más frecuentes acusaciones de corrupción contra algunos de sus altos funcionarios.

Los palestinos han intentado "internacionalizar" el conflicto, a fin de motivar una intervención internacional según el "modelo Kosovo", que incluiría el envío de fuerzas de la ONU, a lo que Israel se opone categóricamente. Mientras los palestinos buscan dar entrada a la Unión Europea (cosa muy bien vista, por supuesto, por la UE) y a las Naciones Unidas, la percepción generalizada en la diplomacia israelí es de que Europa trata de asumir un papel mediador en el proceso, "pese a que tiene poco para ofrecer". Israel ha visto con renuencia la injerencia política de la UE ante la "postura pro-árabe" de Europa, lo que atribuye a la dependencia europea del petróleo árabe y a sus esfuerzos para penetrar los mercados de la región,

Israel considera que la potencial contribución europea a la "infraestructura de la paz" en la región podría ser apreciable, sobre todo en lo que respecta a la creación de condiciones económicas que permitan elevar el nivel de vida de los palestinos. Como es sabido, la UE es la principal contribuyente de fondos a la Autoridad Nacional Palestina. El gobierno israelí prefiere que los esfuerzos de la UE se dediquen a la creación de condiciones económicas que permitan mejorar las infraestructuras y el nivel de vida en los territorios palestinos. Pero la UE considera que no debe limitarse a conceder ayudas económicas y que debe implicarse más en el terreno político, que debe dejar de ser materia exclusiva de la diplomacia norteamericana.

En una de sus frecuentes visitas a Israel y a la Autoridad Nacional Palestina, el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, Joschka Fischer, puntualizando que la Unión Europea no tiene la intención de desempeñar un papel secundario en el proceso de paz palestino-israelí, declaró que "es importante que estemos en el asiento del conductor". En el mejor de los casos, comentó un diplomático israelí, la UE podría sentarse "al lado del conductor". El gobierno israelí actual y los que lo precedieron, han preferido —y seguramente continuarán haciéndolo— que sea Washinton quién guíe el proceso de paz. Las cosas, sin embargo, podrían si no cambiar sí por lo menos mejorar. Tras reunirse con sus homólogos europeos en Bruselas, el ministro de Asuntos Exteriores de Israel, Silván Shalom, declaró recientemente su "apoyo" a la demanda de la UE de asumir un papel clave en el proceso de paz, agregando incluso que "es importante para Israel que Europa sea un actor fundamental para avanzar en la solución del conflicto y que su implicación en el proceso debe incrementarse".

Pero la coherencia en el seno de la UE en lo que respecta a su política exterior común dista de ser ideal. Las "estrategias comunes", ese intento de mantener una visión de

conjunto sobre ciertas regiones del mundo, quizá funcione, pero evidentemente no existen en lo que respecta a Oriente Próximo estrategias comunes compartidas por todos, lo que debilita sus propósitos de asumir un mayor protagonismo en la región. Países como Alemania, Holanda e Italia buscan conducir una política más equidistante que la de los países de la línea más dura hacia Israel, entre los que se destacan Francia y Bélgica. España está más cerca de estos últimos.

Por otra parte, una de las iniciativas mas ambiciosas de la Unión Europea, el proceso de Barcelona, lanzado a fines de 1995, atraviesa graves problemas ante la exigencia de algunos países árabes, encabezados por Siria y Líbano, de marginar a Israel de los programas de cooperación mediterránea, a lo que la Unión Europea se opone categóricamente. El resultado es la paralización de no pocas de las actividades programadas en el marco del proceso. Los intentos de la UE de reactivar el diálogo euromediterráneo no han sido exitosos en demasía. Esta situación proseguirá seguramente mientras no se progrese en el proceso político en Oriente Medio y la tensión no disminuya.

Una reflexión final

No son pocos los que a la luz de los acontecimientos en los últimos meses en Oriente Medio se apresuran a anunciar el derrumbe del “muro de Berlín de los árabes” e incluso a presagiar el amanecer de la democracia en la región. Roger Cohen, comentarista del *International Herald Tribune*, asegura incluso que la “ambiciones políticas están suplantando los llamamientos a la inmoleración” y que “una cultura de esperanza reemplaza la cultura de la muerte”. Parecería más bien que las predicciones son, sobre todo, la expresión de deseos y esperanzas. Efectivamente, se vive un clima que presagia oportunidades de cambio, pero también sigue al acecho el viejo Oriente Medio, erizado de dificultades, con su amenazador potencial de inestabilidad y sus horizontes borascosos.

Se ha abierto una nueva ventana de oportunidad, pero, recordemos, vendavales impredecibles han cerrado brusca y estrepitosamente en el pasado ventanas de oportunidad costosamente abiertas y lo mismo sucederá nuevamente si los líderes implicados no actúan coherente y aceleradamente. La convergencia europea-norteamericana será crucial si pretenden constituirse en motores del cambio en Oriente Medio.

Samuel Hadas

Primer Embajador de Israel en España y ante la Santa Sede, analista diplomático, colaborador del diario La Vanguardia y de la revista Política Exterior, asesor del Centro Peres para la Paz, presidente del Israel Jewish Council for Interreligious Relations y asesor del Congreso Judío Mundial para Relaciones Interreligiosas

Referencias bibliográficas

- Ginat, Joseph, Edward J. Perkins y Edwin G. Corr (eds.) (2002), *The Middle East Peace Process, Vision Versus Reality*, Sussex Academic Press, Brighton.
- Gresh, Alain y Dominique Vidal (2004), *The New A-Z of the Middle East*, I.B. Taurus, Londres.
- Lukacs, Yehuda (1992), *The Israeli-Palestinian Conflict. A Documentary Record 1967-1990*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rose, Dennis (2004), *The Missing Peace, the Inside Story of the Fight for Middle East Peace*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.
- Sela, Abraham (2002), *The Continuum Political Encyclopedia of the Middle East*, Continuum, Nueva York y Londres.
- Stein, Kenneth Stein (1999), *Heroic Diplomacy*, Routledge, Nueva York.